



Confederación Interamericana de Educación Católica

AL RE-ENCUENTRO CON LA FAMILIA

La familia en el tercer milenio



*«Hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza; y los hizo hombre y mujer»
Libro del Génesis*

TEMA 5.5 *La Familia como experiencia de santidad*

I. Justificación del tema



Una de las ideas más renovadoras del Concilio Vaticano II fue la afirmación de la vocación universal a la santidad. Desde el Papa hasta el último de los bautizados estamos llamados a la santidad. Esa vocación constituye un elemento común y unificador de la identidad cristiana. «Es, pues, completamente claro que todos los fieles, de cualquier estado y condición, están llamados a la plenitud de la vida cristiana y a la perfección de la caridad, y esta santidad suscita un nivel de vida más humano incluso en la sociedad terrena»¹.

Lamentablemente, la vida monacal de la Edad Media se convirtió en modelo de toda espiritualidad. Los diferentes estados de vida tenían en los monjes la principal, si no la única, referencia de vida cristiana. Su gran prestigio era punto de atracción y modelo a seguir para todos los bautizados. También los laicos, para dejar de ser «imperfectos» debían mirar a ese estilo de vida como referencia de vida cristiana.

Y pese al aire fresco y giro copernicano del Vaticano II, la fuerza de la historia sigue ofreciendo resistencias. Por tanto, pareciera que también la pareja de casados, si quiere ser santa, debe asemejarse, en su vida y acción, a los clérigos o a los monjes. Esto, obviamente, ha influido en la actitud que muchísimas parejas cristianas tienen frente a la santidad, entendida como fidelidad al

¹ LG 401.

evangelio. Les parece que esto no es para ellos, puesto que su vida, aparentemente, está en los antípodas de la «vida religiosa».

Por otra parte, muchos matrimonios, los más jóvenes sobre todo, tienen recelos, cuando no confusiones, ante la palabra espiritualidad. Parece como si se les arrancara de este mundo (división entre lo material y lo espiritual; el cuerpo es sólo carruaje de salvación o condenación) o se redujera a rezar, ir a misa, ser buenos católicos... Concepciones ambiguas, confusas y parciales. Urge precisar y clarificar.

Conviene, entonces, que dediquemos este último tema a considerar de qué manera la pareja cristiana puede acercarse a la santidad, sin copiar caminos de nadie, simplemente viviendo el evangelio con los recursos que le da su propio crecimiento conyugal.

II. Breve análisis de la realidad

Compartir las respuestas a preguntas como las siguientes:

1. ¿Qué concepto de santidad es el que se maneja generalmente en la comunidad?
2. ¿Cuál es la opinión general, que en el común existe sobre lo que pudiera ser una familia santa?
3. ¿Cuántos esposos cristianos opinan que eso de la santidad no es para ellos, sino para religiosos, curas y monjas?
4. ¿Se habla alguna vez, en las familias cristianas corrientes, sobre la exigencia a la santidad que el evangelio les hace también a los esposos?
5. ¿Se piensa que el simple hecho de vivir en familia puede ser un camino de santidad?
6. ¿Conocen Uds. en su comunidad a familias que viven realmente el evangelio y que pudieran ser catalogadas como “santas”? ¿Por qué?
7. En Las familias cristianas de su comunidad, ¿hay una convicción generalizada de que el mero hecho de vivir en familia puede ser un modo de santificarse?
8. ¿Existe en el común de familias cristianas un conocimiento sobre cómo ellas podrían acercarse un poco más al modelo evangélico de vida?
9. ¿Qué movimientos o agrupaciones familiares cristianas actúan en su región? ¿Qué líneas de espiritualidad asumen para animar la vida cristiana? ¿Cuáles son los desafíos más urgentes a los que intentan responder?

III. Brevísimos marco teórico y/o referencial

3.1. Identidad y misión de los laicos

Antes de hablar de una espiritualidad cristiana de la vida familiar, hemos de admitir una espiritualidad «humana fundamental»², por la que inventamos la vida y le damos una dirección más allá de sus sorpresas, dentro del dinamismo de su evolución y en medio de sus conflictos. Todos necesitamos, en cuanto seres humanos, motivaciones para vivir y para obrar. Y hablar de sentido y de motivaciones es también hablar de espiritualidad. Desde esta perspectiva, la espiritualidad cristiana viene a ser la motivación que impregna los proyectos y compromisos de la vida de todo creyente³, gracias a la presencia y a la acción del Espíritu Santo en él.



² Expresión de P Casaldáliga oc. 34

³ S Galilea. El Camino de la espiritualidad. Ed Paulinas Bogotá 1965.26; P Casaldáliga - J.M Vigil. Espiritualidad de la liberación. Sal Terrae Santander 1993.

Los laicos viven su fe en las condiciones normales de la vida social: familia, trabajo, barrio, amigos, matrimonio, cultura, o sea, en eso lo que la tradición cristiana llama el «siglo». Por eso se los llama también «seglares». Ahora bien, esta condición sociológica es una forma de vida cristiana y por lo tanto un lugar de santificación. La misión secular del laico es, al mismo tiempo, misión de salvación: santificación personal y transformación del mundo, del «siglo».

Los laicos son la Iglesia en el mundo y el mundo en la Iglesia. Ellos encarnan-secularizan la salvación y salvan la secularización. Son llamados a ser fermento, contribuyendo así «a la santificación del mundo ejercitando el propio oficio bajo la guía del espíritu evangélico y de este modo manifestar a Cristo a los demás principalmente con el testimonio de su vida, esperanza y amor»⁴.

La Iglesia, que es siempre Iglesia en el mundo y para el mundo, al servicio del Reino, da y recibe del mundo a través de los laicos; a través de ellos recibe experiencia, competencia, presencia... y, a través de ellos, por su condición sacramental, aporta al mundo secular la santidad.

Esta identidad laical se corresponde con un estilo laical de santificación y espiritualidad. Es cierto que el fundamento es el mismo para todos los cristianos, pero la vocación y misión de los laicos es peculiar, y por ende, también lo es su modelo de santidad.

3.2. Santidad una y múltiple



La santidad cristiana es **una sola**: «Una misma es la santidad que cultivan, en los múltiples géneros de vida y ocupaciones, todos los que son guiados por el Espíritu de Dios, y obedientes a la voz del Padre, adorándole en espíritu y en verdad, siguen a Cristo pobre, humilde y cargando con la cruz, a fin de ser hechos partícipes de su gloria. Pero cada uno debe caminar sin vacilación por el camino de la fe viva, que engendra la esperanza y obra por la caridad, según los dones y las funciones que le son propias»⁵.

La santidad consiste en la participación en la santidad de Dios, que es el único tres veces santo. Se nos revela y comunica por, en, con, Jesús y su Espíritu. Pero esa participación es **múltiple** en cuanto que múltiples son los dones de Dios y múltiples las maneras en que se realiza. Y también la respuesta al don de Dios es una y múltiple.

La santidad consiste en el amor. Es santa la persona que ama a Dios y al prójimo de una manera plena. No hay otra santidad. Es el amor el que hace santos, el que perfecciona la vida humana. Cuanto más se ama más humano se es, porque el hombre está hecho para el amor, cuanto más se ama más divino se es, porque Dios es amor.

El amor es la plenitud de la ley. El «como yo los he amado» es la referencia del estilo cristiano de amar (Jn 15,12). Esta referencia cristológica tiene que ser leída en el contexto antropológico del «ama al prójimo como a ti mismo» (Mc 12,31), que en la relación conyugal se expresa en «así deben amar los maridos a sus mujeres como a sus propios cuerpos» (Ef 5,28). Otra indicación de la autenticidad del amor cristiano es su extensión incluso a los enemigos: «amen a sus enemigos y rueguen por los que los persiguen» (Mt 5,44). O sea, debemos amar «como Dios nos ama».

3.3. La santidad conyugal

Pero, además de esa espiritualidad genérica, la familia tiene un modo propio de ser y de actuar cristianamente, en cuanto que está habitada por el Espíritu. Esto genera un dinamismo, un modo de ser y de actuar, un estilo de vida, que es lo que llamamos **espiritualidad familiar**.

Esta espiritualidad conyugal y familiar se diferencia de la monacal y celibataria precisamente por su propia identidad eclesial: son una comunidad de laicos bautizados. Los casados «viven en

⁴ LG 31.

⁵ LG 41.

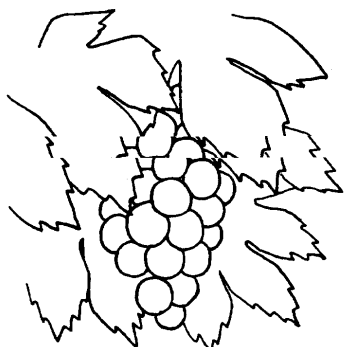
el mundo, es decir, en todos y cada uno de los deberes y ocupaciones del mundo y en las condiciones ordinarias de su vida familiar y social, con las que su existencia se encuentra entretejida. Allí son llamados por Dios a que, desempeñando su propia profesión y guiados por el espíritu evangélico, contribuyan a la santificación del mundo como desde dentro»⁶.

Desde esa perspectiva puede definirse la espiritualidad conyugal «como el camino por el que el hombre y la mujer unidos en matrimonio-sacramento crecen juntos en la fe, en la esperanza y en la caridad y testimonian a los otros, a los hijos y al mundo el amor de Cristo que salva»⁷. En otras palabras, es el camino por el que la vocación a la santidad se realiza en la condición vital específica del matrimonio.

Esto significa que el matrimonio cristiano, en virtud del sacramento, no es sólo un lugar sociológico donde se vive la experiencia cristiana, sino también y principalmente un lugar teológico en el que la pareja hace la experiencia de Dios. El sacramento confiere a esta forma de vida su propia y peculiar espiritualidad: los cónyuges no sólo son testimonio de un amor humano total y fiel, sino que significan el misterio de unidad y de amor fecundo entre Cristo y su Iglesia. Es así como los esposos cristianos forman una nueva comunidad totalmente original: la unidad de «dos en una sola carne».

Allí comienza el itinerario espiritual de la pareja: el amor de Cristo a su Iglesia deberá ser significado y vivido en la donación mutua, en el amor definitivo, indisoluble y fecundo, en la fidelidad permanente y creciente. Ello, por supuesto, no anula ni oscurece la experiencia personal de fe de cada miembro de la pareja. Cada uno es creyente, cada uno responde de sus propias decisiones, cada uno vive su vida en Cristo con responsabilidad personal. Pero, a partir del matrimonio, las cosas ya no son iguales: ambas vidas se han unido en Cristo, y nace una nueva realidad cuya unidad sería imposible sin la Gracia.

3.4. El sacramento del amor



Estamos acostumbrados a afirmar que la eucaristía es el sacramento del amor. Pero realmente el sacramento del amor es el matrimonio. Aquí el signo sacramental es el amor conyugal consentido y celebrado en la comunidad cristiana. Se trata de un signo humano, interpersonal y permanente. En cuanto relación humana incluye alma y cuerpo, sentimiento y decisión, reciprocidad y gratuidad, acción y sueños comunes. Y, en cuanto realidad de fe, la relación amorosa de la pareja se convierte en amor significativo, en signo eficaz del amor de Cristo a su Iglesia. El amor entrañable y fiel de los matrimonios es lo que más se parece al amor con que Cristo ama a su Iglesia y se entrega por ella.

A los esposos se revela y en ellos se realiza especialmente el amor entrañable y esponsal del Señor. Ellos recrean en el hoy de la Iglesia este amor que es vocación y respuesta. A través de su amor la Iglesia entera se hace más fiel, más amada, santificada y santificadora. Esto es santificación para los cónyuges y para la Iglesia entera.

El sacramento del matrimonio empieza el día de la boda, pero se despliega durante toda la vida de los esposos. Es una vocación y un camino de madurez en la fe, el amor y la esperanza. Se trata de un camino humano y teologal al mismo tiempo.

Cada miembro de la pareja se convierte en camino, cauce y lugar de encuentro con Dios, en instrumento de salvación para el otro. Ambos son llamados a testimoniar el amor, la unidad, la fidelidad mutua, y a construir, con su vida, sus obras y palabras, la familia de los hijos del Padre, y el misterio de la Trinidad. Porque el amor conyugal, desde la perspectiva cristiana, remite necesariamente a su ejemplar absoluto que es el amor de Dios en las tres Personas de la

⁶ LG 31

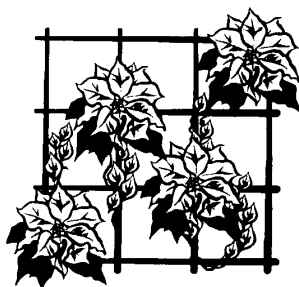
⁷ LG39

Santísima Trinidad. En este sentido vale la pena recordar aquí unas palabras preciosas del Card. Daneels que ilustran esta dimensión trinitaria de la espiritualidad conyugal y matrimonial:

«La Iglesia -ha dicho la constitución Lumen Gentium- no es sino la Santa Trinidad que se exterioriza en el mundo y en la historia, de modo que la Iglesia brota de la Trinidad como brota el agua de la fuente. El misterio de la familia es exactamente lo mismo. En el libro del Génesis dice Dios: Hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza; y los hizo hombre y mujer. Esto significa que existe en la pareja algo de Dios; diría, incluso, el corazón de Dios, núcleo de la divinidad que se manifiesta en el hombre y la mujer que se aman, ya que -en su nivel- la familia posee las mismas características que la Santísima Trinidad»⁸.

Por otra parte, así como esta espiritualidad en común no anula la especificidad de cada uno de los miembros ni su respuesta personal, tampoco ha de entenderse como una exigencia de vivir toda la experiencia cristiana juntos. Es verdad que ya nunca podrán prescindir el uno del otro; pero ello no significa que hayan de hacerlo todo necesariamente en compañía del otro, ni siquiera las prácticas de piedad. No pueden pretender llevar a extremos exagerados su vocación matrimonial. La vida de familia ofrece múltiples posibilidades; no hay que forzarla a extremos que a veces resultan imposibles.

3.5. De la espiritualidad conyugal a la espiritualidad familiar



La espiritualidad conyugal no acaba en la pareja sino que abarca todo el ámbito de la existencia personal y matrimonial. Y en este ámbito total de la vida ocupa un lugar destacado **la familia**. La espiritualidad conyugal está coloreada por el hecho familiar, que en cada época histórica adopta formas diferentes. El matrimonio es gracia, es don de salvación; a través de él, y no sólo con ocasión de él, el Dios salvador pasa por la familia haciendo su historia de salvación. La paternidad y la maternidad introducen el hogar en unas condiciones y un estilo de vida en Cristo, que enriquecen y determinan la espiritualidad familiar. Al enriquecerse con las relaciones de filiación y de fraternidad la familia entera, animada por el Espíritu, se convierte en símbolo, anuncio y adelanto de las relaciones plenas que habrán de existir en la gran familia de Dios, el día definitivo de su Reino.

Por eso, en cuanto que la familia entera es campo de acción del Espíritu, podemos hablar también de una espiritualidad familiar que tiene sus características específicas, sus fuentes, sus mediaciones y sus propias líneas de fuerza.

a. Espiritualidad eclesial

Toda espiritualidad cristiana es eclesial, pero el matrimonio está llamado a ser signo de la Iglesia: los cónyuges cristianos, en virtud del sacramento del matrimonio, «significan y participan el misterio de unidad y amor fecundo entre Cristo y la Iglesia»⁹. Además, la familia, como iglesia doméstica, es un lugar de educación de la fe, de experiencia de vida cristiana, de oración, de escucha de la Palabra... Constituye, de suyo, un lugar privilegiado para vivir y testimoniar el espíritu de pequeña comunidad o pequeña iglesia. La espiritualidad conyugal tiene una especial significación eclesial: «la familia cristiana es llamada a santificarse y santificar a la comunidad eclesial y al mundo»¹⁰.

⁸ Card. Daneels ars de Malinas-Bruselas Carta Pastoral L'Eglise a la maison Bulletin officiel del' archidiocèse de Malines- Bruxelles 6 (junio-julio 1986).

⁹ LG 11.

¹⁰ FC 5.

b. Espiritualidad comunitaria

Un dato característico de la relación familiar es el desarrollo del espíritu comunitario, que se vive, como en un invernadero, en el hogar y se expresa en un amor universal y fraterno. Por eso, si toda espiritualidad cristiana ha de ser creadora de espíritu comunitario, la familiar lo es de un modo especialmente cualificado. El matrimonio es signo y realidad viva de unidad; se constituye en el amor y expresa este mismo amor de forma eminente. Por eso es célula primaria de comunidad y creadora de comunión. Un grave peligro que acecha a la espiritualidad matrimonial es el «egoísmo en plural», el amor cerrado y reducido al ámbito de la familia, negación del verdadero amor. El hogar debe ser lugar de experiencia de Dios- familia (Trinidad); de comunión de vida y de bienes, de amor hecho vida compartida, de donde brote una nueva energía transformadora que irradie en su alrededor, creando un mundo más fraternal y comunitario.

c. Espiritualidad comprometida



Espiritualidad y compromiso no se excluyen: se exigen mutuamente. Toda vocación cristiana es vocación apostólica; toda espiritualidad cristiana es espiritualidad comprometida o no es cristiana. Por tanto, también la conyugal. El compromiso sacramental de caminar juntos y construir juntos el Reino de Dios, según el plan del mismo Dios para el matrimonio y la familia, exige buscar y realizar, también juntos, el compromiso de la fe. Igual que la gran Iglesia cuya dinámica propia es misionera, la iglesia doméstica no es para sí sino para los «otros». Y no sólo para los «otros» más cercanos, sino para todos los «otros».

Por el matrimonio-sacramento, la familia está llamada a ser testigo y anunciadora del amor al mundo. Desgraciadamente, el compromiso en el y con el mundo sigue siendo para muchos cristianos, en expresión de Teilhard de Chardin, «un estorbo espiritual». Mentalidad que persiste como resabio del influjo de la espiritualidad monacal.

Como la Iglesia entera, la familia ha de ser misterio de comunión y de misión: fraternidad compartida pero, a la vez, enviada a anunciar -«Vayan «anuncien», «bauticen», «testimonien»...-, como expresión del «para qué» de la Iglesia de Jesús. La propia familia será el lugar primero de realización de esa vocación apostólica. Luego vienen las otras familias: la parroquia, la pastoral familiar de la misma... y todo el ámbito social, que necesita evangelizadores alegres y comprometidos. La calidad evangelizadora de la familia es la medida de su espiritualidad.

El compromiso familiar es compromiso con la Iglesia y las instituciones eclesiales, y por ello es también, y de un modo muy peculiar, compromiso laical con la sociedad civil en la escuela, la comunidad, las instituciones vecinales, las asociaciones de padres, etc. La «mundanidad» es uno de sus elementos constitutivos porque ningún sacramento, y menos éste, separa del mundo sino que capacita para vivirlo y enriquecerlo. La familia es del mundo y está en el mundo y a ese mundo se debe con toda su riqueza carismática. La casa, el lugar de trabajo, la vida social, el compromiso educacional, cívico, vecinal, etc., integran y enriquecen la espiritualidad familiar; así «...se convierten en sacrificios espirituales, aceptables a Dios por Jesucristo, que en la celebración de la Eucaristía se ofrecen al Padre junto con la oblación del Cuerpo del Señor»¹¹.

En resumen, el compromiso con el mundo, el amor a nuestro mundo y la entrega a su transformación son elementos fundamentales de la espiritualidad familiar. El Espíritu del Señor impulsa necesariamente a la familia entera a «alcanzar y transformar con la fuerza del Evangelio los criterios de juicio, los valores determinantes, los puntos de interés, las líneas de pensamiento, las fuentes inspiradoras, los modelos de vida de la humanidad que están en contraste con la Palabra de Dios y su designio de salvación»¹², es decir, a «insertarse» en el mundo como un nuevo modo de ser «hombres en comunión» y «hombres en camino».

¹¹ LG 34.

¹² EN 19

d. Espiritualidad dinámica

La espiritualidad familiar, ajena a todo idealismo y espiritualismo, debe atender también a la diversidad y complejidad de actores, situaciones y modelos que engloba la familia. Pensamos, por ejemplo, en las familias de los pobres, que por razón de su pobreza no se acomodan a los moldes de una espiritualidad que podríamos llamar oficial, o en las familias que se enfrentan a la acuciante necesidad de reinventar la espiritualidad cristiana frente a los nuevos paradigmas de la vida social, o en tantas otras que, por una u otra razón, no cuadran con los esquemas de la familia ideal. Para no caer en reduccionismos, se deben identificar sus momentos fuertes y sus ejes fundamentales.

En primer lugar, la experiencia del amor sexuado cuya trayectoria impregna a la familia en su construcción y evolución, desemboca en la experiencia de engendrar y ser engendrado. La familia abraza a todos sus miembros en la evolución de las diversas fases de esta experiencia de amor: conyugal, maternal-paternal, de hijos e hijas, de adolescentes y jóvenes que dan los primeros pasos fuera de la familia. Aún con nuevos hábitos y nuevos recursos en nuestros días, la infancia y la ancianidad son dos extremos de la vida que muestran necesidades y exigen cuidados entre los miembros de las familias¹³.

Además, conviene recordar que la familia no tiene una finalidad en sí misma: no existe para sí, sino en función de otras relaciones que la trascienden. Por lo que sabemos, el mismo Jesús tropezó con dificultades ante la incompreensión de las familias de su tiempo a la hora de proponer la apertura y la solidaridad. La vida moderna de nuestros días, además de la experiencia de la cerrazón de las familias, nos sitúa también ante la experiencia de lo contrario, es decir, de la disolución de los vínculos familiares, sin que ello signifique precisamente un fortalecimiento de los lazos sociales.

La conflictividad es otra dimensión que impregna la experiencia de la vida familiar, la cual obedece a la misma evolución de las personas y de sus relaciones. Esta conflictividad desafía a la espiritualidad, especialmente cuando el ideal no sólo dista de la realidad sino que se vuelve imposible, configurando modelos de vida o comportamientos irrealizables. La espiritualidad se siente desafiada por conflicto de varios tipos; por ejemplo, cómo vivirla tras un fracaso conyugal, sobre todo cuando va seguido de una nueva unión; o cuando se carece de condiciones elementales para una vida digna, como la salud, el trabajo, la educación, la vivienda. Son situaciones especialmente dramáticas que la familia debe afrontar dinámicamente, desde la experiencia del Espíritu que «hace nuevas todas las cosas».

e. Espiritualidad sexuada



La espiritualidad de la pareja ha de integrar, como un elemento determinante y constitutivos, la sexualidad conyugal. La sexualidad en la vida de pareja, en toda su profundidad y en todas sus dimensiones, no es sólo un elemento unitivo y fecundo que ha recibido su carta de ciudadanía en virtud del matrimonio. Es, además, un factor decisivo en el desarrollo del amor, de la unidad, de la realización personal, y del encuentro con Dios. En todo ello y por ello se constituye una nueva forma de relación con Dios, de vida evangélica, de espiritualidad comunal, cristiana.

No se entiende qué tipo de virtud pueda ser que los matrimonios no disfruten total y plenamente de sus encuentros sexuales. El gozo ahí experimentado es un regalo de Dios que quiere vitalizar y embriagar a la pareja. La liturgia de la iglesia Oriental eligió el relato de la boda de Caná para la misa matrimonial. Subraya así la actuación de Cristo en el matrimonio. Cristo no aporta nuevas exigencias a una pareja; la *exigencia* viene del propio cónyuge. Pero Cristo *quiere aportar* la fuerza para realizar y llevar a plenitud tal *exigencia*.

¹³ Cf, G. y G, Campanini. "Familia", en S de Fiore-T Goffi, Nuevo diccionario de espiritualidad. San Pablo. Madrid 1983.546.

El vino propio de la pareja se va a acabar pronto. Y Cristo no es un fácil vendedor de vino, sino aquel que quiere renovar, transformar y llevar a plenitud la creación. El modelo matrimonial del evangelio no va contra el goce, su alegría y su placer. Al contrario: quiere llevar a plenitud lo más pleno y lo más dichoso que hay en los hombres. Pero esto *acontece solamente* cuando Cristo está presente: «Sin mí, no pueden Uds. hacer nada» (Jn15,5).

IV. Cuestiones para el estudio: preguntas o puntos de reflexión

4.1. Dinamismos de la espiritualidad familiar

a. Desde el amor humano



El amor conyugal es amor humano de un hombre y una mujer bautizados y creyentes. Tiene sus dinamismos y sus ritmos de crecimiento y desarrollo. No está todo al principio. Es como un organismo vivo. Desde su origen particular en el yo-tú tiene que abrirse al nosotros de la pareja, al nosotros de los hijos (si los hay) y a la universalidad. Del amor a «los míos, a mi familia» tiene que crecer hacia el hogar y la familia del mundo. La intensidad y la fuerza del afecto conyugal y paterno-materno filial tiene que abrirse a los demás.

Otro dinamismo del amor conyugal es la inevitable tensión entre gratificación y donación. A veces crecen en armonía. Con frecuencia, sin embargo, están en conflicto. Cada cónyuge tiene sus necesidades humanas básicas. La satisfacción de las propias necesidades relacionales entra en conflicto con la forma como el cónyuge quiere satisfacer las suyas. Lo mismo puede acontecer con respecto al proyecto profesional de cada uno.

En el pasado tal vez se ha abusado de la recomendación del sacrificio. Muchas esposas han sido educadas y han interiorizado el papel de la renuncia a sí mismas. Han centrado el sentido de su vida en el servicio al marido y a la familia. Han potenciado la donación y el sacrificio descuidando la propia realización.

Actualmente la actitud de muchos cónyuges parece ser la inversa: no están dispuestos a sacrificar nada propio para bien de la relación. Anteponen su gratificación a la donación. No están dispuestos a sacrificar nada individual para crear la unidad matrimonial.

Sin embargo, el crecimiento auténtico en el amor va por el camino de la gratificación y, al mismo tiempo, de la donación. Si una de las dos cosas falla, no crece el amor personal y responsable; la auténtica relación de pareja se anquilosa y puede morir.

Éste es el contexto general en el que debe plantearse la espiritualidad familiar. Por un lado, significa reconocer la grandeza que encierra el hecho de vivir como seres humanos los procesos familiares¹⁴. Por otro lado, evoca la condición de historicidad, progresividad y hasta ambigüedad en que estamos situados. El dinamismo de la palabra «vocación» resulta entonces el más adecuado para acompañar la evolución y hasta los percances de la vida en familia.

Por eso, la vida familiar debe inspirarse siempre en el seguimiento de Jesús. Porque seguir a Jesús es la esencia de la vida cristiana. Y seguir a Cristo implica ser como Él, actuar como Él, vivir como Él. Hemos sido llamados, decía Bonhoeffer, a ser hombres como Cristo. A ello nos compromete el bautismo. La familia, en la cual se recibe el bautismo y en la cual van tomando forma concreta y práctica los compromisos bautismales es el primer camino de seguimiento de Jesús.

¹⁴ GS 3

La espiritualidad familiar pasa necesariamente por la interpretación del sentido del amor humano que allí se experimenta, en todas sus dimensiones. Ya en las más antiguas tradiciones bíblicas percibimos la proximidad entre la experiencia del amor conyugal/filial y la experiencia de Dios. El amor, incluso el amor traicionado, ofrece una base para experimentar lo que es Dios: amor, alianza, fidelidad. Se parte de la experiencia familiar para experimentar a un Dios que es Amor, y que marca a la familia, existencialmente, con los sellos de la alianza y del amor a través de los lazos familiares. La experiencia familiar es la «gramática que Dios usa para expresar amor y fidelidad»¹⁵.

La familia es como un anuncio de que todos nacemos del amor y para el encuentro pleno con el Amor. Desde aquí se acentúa la riqueza no sólo de los lazos familiares, en el amor y en la solidaridad, sino también la de una sexualidad que asume toda su potencialidad como «lugar» en el que también se expresa, de forma privilegiada, el amor de Dios.

b. El amor como camino de salvación y realización



La gracia se encarna en la naturaleza; el amor cristiano en el amor humano. La alianza conyugal es metáfora y signo de la alianza de Dios con la humanidad.

Por eso, el amor conyugal es **camino de ascesis y purificación del amor** que va poniendo al descubierto los egoísmos e irresponsabilidades de cada uno. La experiencia del crecimiento en la relación religiosa con Dios nos puede ayudar a entender, por analogía, el itinerario de la relación conyugal. Y, a la inversa, la necesidad de la escucha, la comunicación, el asombro, la gratitud, la superación de la sequedad y de las noches oscuras, se da también en el crecimiento de la relación conyugal. Es un amor que tiene que ir superando las crisis del realismo, de la monotonía, de la entrada de los hijos, del nido vacío... **La ascesis del diálogo tendrá que sustituir a la ascesis del silencio.**

El caminar conyugal es también **un camino de iluminación**. Cada uno se descubre a sí mismo en la relación con el cónyuge, aprende a reconocer sus luces y sus sombras, sus esfuerzos y sus carismas. Y también los del cónyuge. Así, a medida que hacen el camino juntos, van tomando conciencia de que su amor recíproco es una realidad que les trasciende de alguna manera, que no son ellos los únicos artífices de su fidelidad creciente, que es la fidelidad entrañable de Dios la que les ha unido y les sigue uniendo. Su historia de amor es su historia de salvación. La oración en pareja es precisamente la manera de hacer la lectura creyente de su historia de cada día.

El crecimiento y afianzamiento del amor conyugal es un **camino de unión**. Va creciendo la presencia del uno en el otro. Se trata de una presencia interpeladora y vitalizadora, tejida de la experiencia continua de ser los dos una sola carne; de vivir, sentir, orar al unísono, aun dentro de la diferencia. Las vivencias de la soledad profunda sirven de contraste a ese caminar hacia la plenitud de la unidad.

No en vano la unión del alma con Dios se expresa en términos matrimoniales, según la tradición bíblica y mística. La consolidación y profundización del amor conyugal es un proceso creciente de configuración con Cristo, con su amor y su entrega. La santidad es creativa; no paraliza, pone en movimiento hacia nuevas realizaciones; es participación en la vida del Resucitado y de su Espíritu. La santidad cristiana de los cónyuges es fecunda y creadora. No termina en su iglesia doméstica. Se expande a la transformación de la sociedad, en cuanto anticipación del reino de la tierra nueva y el cielo nuevo.

Y es **camino de realización**. La espiritualidad cristiana es siempre globalizadora de la persona. Si no es así, deja de ser cristiana. Si entendemos con el Vaticano II que la vocación matrimonial es

¹⁵ W Kasper. Teología do Matrimonio. Paulus, 500 Paulo 1990,58.

una íntima comunidad de vida y amor entre el hombre y la mujer unidos sacramentalmente, tendremos que convenir que la espiritualidad más característica de los esposos cristianos la van construyendo en la propia vida de pareja. Verdadero camino de realización personal y de santidad esponsal.

En el matrimonio lo espiritual debe estar abierto, igualmente, a la relación con Dios y a la relación profunda con el prójimo. La espiritualidad conyugal no es un estado de perfección o un ideal religioso. Es un camino concreto: camino-vocación de relación y de amor. No tiene un modelo monacal o clerical. Como casados tienen su propia identidad en la Iglesia¹⁶.

En la vida diaria de pareja se pueden dedicar algunos minutos a la oración. Pero en todos los matrimonios las mejores horas del día están dedicadas al trabajo y al cuidado de los hijos. Es en esas horas donde y cuando la pareja debe sentirse en estrecha unidad entre sí y con Dios, sin necesidad de irse a la iglesia para sentirse allí matrimonio cristiano. Si los templos o los momentos de oración «se convierten en lagunas donde encontrar a Dios» se corre el riesgo de vaciar de significado espiritual la casi totalidad de la existencia conyugal.

Desde su pertenencia al cuerpo de Cristo por el bautismo, van viviendo la igualdad de todos los cristianos -clérigos o laicos- en su relación con Dios y con los hombres, y van construyendo también la novedad vocacional de vivir la aventura y el sueño de Dios sobre el hombre y la mujer (cf. Gen 1,27;2,18) en términos de relación, de ternura, de fidelidad, de perdón, de aceptación, etc., como la imagen humana más inteligible de lo que esencialmente es Dios: relación de amor.

c. Amor conyugal, amor espiritual

Por tanto, el amor conyugal, fundamentalmente igual en todas las parejas, es el que da un toque singular a su espiritualidad. La calidad de ese amor, y las formas como se lo expresan mutuamente, constituyen el fundamento de su espiritualidad, tanto en su expresión hacia Dios, como en su expresión hacia ellos mismos, hacia su familia y hacia la Iglesia¹⁷.

Cada uno de los esposos, desde su fe personal, asume el esfuerzo, la inteligencia y la voluntad para «dar vida a una nueva realidad» que ha nacido desde que se dijeron «sí» el uno al otro. Todo lo que da vida y fuerza a su amor y a su sueño es la espiritualidad conyugal.

Parece que son dos los principales caminos hacia una espiritualidad nueva: la renovación, **re-creación constante del sueño profundo de amor y unidad** que cada pareja tiene al emprender la aventura del matrimonio; y **la comunicación** como el camino más seguro para lograrlo.

1. Recrear el sueño profundo de amor

Los esposos están llamados a apostar por un amor contracultural: un amor «alianza» que supere el lastre del mero contrato e impida que el amor humano se reduzca a un mero sentimiento o a una reacción química que va perdiendo su fuerza. El sueño de un «amor-alianza» que ofrezca la seguridad de lo incondicional y «para siempre», frente al fantasma de un amor con cláusulas y condiciones. Re-crear ese sueño en la cotidianidad es una aventura apasionante, no fácil pero posible.

2. Santificar la comunicación

La comunicación sigue siendo clave para pasar de enamorarse a permanecer enamorados; para conducir la vida desde las principales facultades del hombre: corazón, inteligencia y voluntad, y no al capricho de los sentimientos o en repuesta a las presiones de la sexualidad. En la comunicación se fragua la verdadera espiritualidad de la pareja. Comunicación que debe abarcar, como práctica globalizante de su vida de relación, por lo menos estos tres campos:

a. Comunicación verbal y no verbal de pareja. Ésta debe ir descubriendo caminos prácticos y creíbles para tomar en serio la comunicación interpersonal, pasando de lo meramente anecdótico a

¹⁶ cf Lumen Gentium 31

¹⁷ cf. Gaudium et Spes 49

lo profundo; de la conversación sobre cosas a la comunicación sobre ellas mismos. La comunicación tiene mucho de arte y de técnica que se puede aprender. Y debe enfrentar creativamente la paradoja de un mundo en el que conviven la alta calidad en los medios de comunicación con la atroz desolación y soledad de mucha gente –incluidos muchos esposos-.

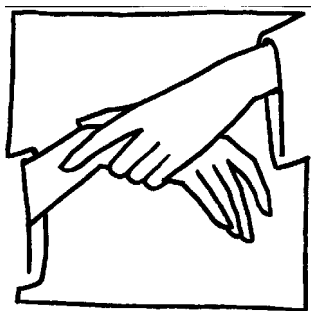
b. Comunicación sexual. Que pueda superar todo reduccionismo a una actividad genital, todo miedo y toda manipulación. También aquí hemos de superar complejos y poses recelosos. Nos jugamos demasiado en ello. La expresión más profunda de amor entre hombre y mujer no debe estar a merced de tanta banalidad y recelo. Cuando la expresión sexual deja de ser comunicación profunda entre hombre y mujer, corremos el riesgo de que sea sólo una actividad genital fría, muchas veces vejatoria. La forma de comunicar la ternura va a marcar su calidad. Hacer de la relación sexual una construcción del amor es un arte de espiritualidad auténtica: dar vida, en cuerpo y alma, a aquel: «yo me entrego a ti ... ».

c. Comunicación con Dios. Es la «vertiente vertical» de la espiritualidad conyugal, en la que, además de la comunicación personal con Dios, hay también una dimensión «de pareja». No sólo porque recitan oraciones en pareja o acuden a celebraciones religiosas en pareja, sino porque transforman en oración todo lo que hacen como pareja, a medida que le ponen cuerpo a su sueño en la vida diaria. Esto es espiritualidad. No son sus oraciones las que nos van a hablar mejor de Dios, sino su relación profunda de amor, que los llevará a estar en presencia de Aquel que ha soñado para ellos la felicidad en el amor.

3. Dios, sustentador del amor

En esa comunicación los esposos se adentran en el misterio de Dios: relación de amor. La forma como expresan su amor en la sencillez o dificultad de cada día, va a significar, en términos de relación profunda y responsable de pareja, lo que Dios es: amor. Y van a experimentar en su propia carne la sabiduría de Dios: «Quien ama, conoce a Dios» (I Jn 4,7). «¿Por qué el lenguaje de los enamorados se acerca al lenguaje de lo divino en sus juramentos de amor eterno, de absoluta fidelidad y de don incondicionado? ¿No será, quizá, porque en el amor está en juego el misterio del amor, la fascinación de la trascendencia viva, es decir Dios mismo?... Quién es Dios en su profundidad sólo podremos comprenderlo a través de la experiencia del amor»¹⁸.

4. Gratuidad del amor en Cristo



Este eje central de la espiritualidad cristiana adquiere una dimensión especial en la vida familiar: en la auténtica vida cristiana todo es gracia, todo es gratuidad. La propuesta del amor conyugal como donación plena de sí mismo -formulada en Ef 5, 21ss- se sitúa, analógicamente, como exigencia para todo cristiano. Propone el ideal de la entrega total, generosa, incondicional, entre los esposos y de éstos con los hijos. No se ama para recibir algo a cambio, se ama porque se tiene algo que dar, y ese algo es la propia persona. Indirectamente afirma la provisionalidad de la misma familia, llamada a adaptarse e incluso a desaparecer, en favor de sus miembros y de la construcción de la vida social. Pero la gratuidad exige un largo aprendizaje, junto al desafío de ir más allá de las conveniencias y de las motivaciones interesadas, para que el amor pueda ser profundamente «espiritual» sin dejar de ser íntegramente humano. Este aspecto es ya suficiente para idealizar a la familia como iglesia doméstica.

¹⁸ texto tomado M artículo de Clodovis Boff, *Vesperienza di Dio oggi*, que aparece en la obra de W. Kasper, *Posibilidades de la experiencia de Dios en la actualidad*.

5. Vocación a ser Pueblo de Dios

Este dinamismo nos lleva, en primer lugar, a rescatar la enseñanza de Jesús sobre la vida familiar, a partir de la experiencia del «familismo»¹⁹ de su tiempo. El encerramiento de las familias en sus propios intereses y compromisos de sangre movió a Jesús a acentuar la necesidad de una ruptura con los lazos familiares, con vistas a su seguimiento y a la construcción del Reino. El camino de Jesús lleva hacia una alianza fundada en la justicia y en la solidaridad, y no en los lazos de consanguinidad. En otras palabras, para Jesús **el pueblo de Dios es más importante que la familia**.

Pero, al mismo tiempo, la enseñanza de Jesús utiliza la fuerza de la vida familiar para proponer el Reino de Dios. Dios es Padre y todos somos hermanos y hermanas. Al menos en lo que se refiere a la espiritualidad de la vida familiar, podemos aceptar que la afirmación de Dios como Padre, Hijo y Espíritu Santo está de alguna forma en función de la propuesta de que somos hermanos y hermanas. El Espíritu nos enseña a ser hijos como el Hijo. Nos enseña a ser hermanos y hermanas en una alianza que llega a dar la sangre. De este modo, la experiencia de la vida familiar, en la solidez de sus vínculos, no se rechaza como algo indigno, sino al contrario: está llamada a servir de experiencia fundamental que ha de extenderse a todos los semejantes: «ámense unos a otros como hermanos y hermanas».

Por eso, como veíamos arriba, la espiritualidad alimenta la vida familiar motivando las prácticas en dirección hacia la solidaridad social, el respeto y la compasión más allá de los límites de la propia familia. Cada pareja que se dice sí mutuamente en el seno de la Iglesia, nos dice sí a cada uno de los que pertenecemos a la misma fe y al mismo Cuerpo de Cristo. Y en ese sí mutuo se refuerza el don del amor de Cristo a su Iglesia. Amor sacramental, don y tarea; lugar de presencia del amor incondicional y cercano del amor de Cristo por los suyos. Lugar teológico precioso, no siempre fácil, donde el espíritu de Jesús se hace carne y alimento de Iglesia.

No pretendo despreciar todo lo que se ha entendido como prácticas religiosas o del Espíritu. Bien conozco el maravilloso camino hecho por muchos matrimonios que tras su encuentro de pareja han ido hasta el encuentro fascinante con Dios. Sólo me afianzo en lo que P. Ricoeur nos advierte: «Podrán sobrevivir únicamente espiritualidades que tienen en cuenta la responsabilidad del hombre... Deberán morir las espiritualidades de evasión, las espiritualidades dualistas...»²⁰.

6. La fidelidad conyugal como don



¿Quién habla hoy de fidelidad? En la sociedad actual, ¿no es precisamente la infidelidad conyugal, lo más corriente, lo más natural y casi lo más banal?... Nos van lavando la mente: se presenta como bueno lo malo, como gozoso lo triste, como obvio lo injusto, como regla la excepción, como natural lo degradante. Ya no se habla de adulterio o infidelidad sino de entenderse, querer o amar a otra persona. Y se presenta como un triunfo, como una riqueza más, de la vida privada del ciudadano normal. Pero, en realidad, la mayoría de las parejas, sacramentales o no, sueñan y anhelan ser totalmente el uno para el otro, luchan por vivir en entrega, en fidelidad, en amor creciente.

De hecho, el hombre es tanto más libre cuanto más se realiza como persona. Y la libertad, don recibido, es también tarea, conquista y esfuerzo en el camino hacia la plenitud del propio yo. Esto exige optar: elegir y renunciar. Nadie puede dar un paso adelante, sin dejar el anterior; ni se puede tomar una dirección sin, a la vez, renunciar a las demás. No querer optar ni comprometerse, con el pretexto de conservar la libertad, es todo lo contrario de una afirmación de la libertad; elegir el «no elegir» es privar a la persona de un nuevo espacio, de un más elevado nivel y camino de realización y plenitud de sí misma.

¹⁹ Cuando hablemos de familismo nos referimos a la actitud de quienes piensan que la familia lo es todo, que centran en ella todos sus esfuerzos, la mitifican y la aíslan del medio social o religioso en el que se desenvuelve.

²⁰ texto tomado del artículo Taches de l'«educateur politique», aparecido en la revista Esprit V11, 1965.

El proyecto común -compromiso de vida y amor- irá variando necesariamente. Nunca estará hecho del todo. Varón y mujer llevan dentro de sí su propia familia -en sus gustos, costumbres, rechazos, valores y contravalores-; nunca terminarán de desprenderse de ella para construir del todo la «nueva», común a los dos.

Este proyecto común de vida y amor conyugal será tan vivo, tan creativo, tan idéntico y distinto a la vez, como las personas mismas que lo van construyendo. En él irán integrando todo el proceso y progreso personal de cada uno, en su diversidad masculina y femenina, en su diversidad de dones y cualidades, en su diversidad de funciones y tareas, de dentro y fuera de la familia.

Ambos aspectos entrañan un proceso sin fin de autoconocimiento, de entrega y de acogida amorosa del otro, que por sí solo da sentido al «para siempre» del amor conyugal. Esto es fidelidad cambiante, creativa, auténtica; es amor a la persona del cónyuge en su identidad y en su historicidad, en su crecimiento hacia la madurez de sí y de la mutua relación, que nunca se alcanzan del todo.

Infidelidades las hay y las habrá. La libertad humana puede hacer que un compromiso que, de suyo, pide ser total y definitivo, se quede en algo parcial en la vida y en el tiempo. Cuando el cónyuge se reserva muchos rincones de su vivir, que no abre ni regala, ¿no está siendo infiel al amor total, prometido al otro, al Señor y a la comunidad? Y cuando uno, durante muchos años de su vida, dedica lo mejor de su corazón y su interés no al otro, sino al trabajo, a los hijos, al dinero, a la fama, al poder... ¿no está siendo infiel al amor?... Estos casados que viven como solteros, ¿qué imagen del Dios vivo y qué signo del amor de Cristo están siendo para los demás, cristianos o no? Signo que no se ve, que no se percibe, no existe.

Se puede seguir casados, no irse con otro/a, y, sin embargo, ser fundamentalmente infieles. No se puede hablar de infidelidad sólo cuando un cónyuge se ha unido sexualmente con otra persona. Este momento tan doloroso seguramente ha estado precedido de muchas infidelidades en el tiempo, en el interés, en la escucha, en la dedicación al propio cónyuge durante años y años... Secretos, silencios, mentiras, son también infidelidades al amor pleno y fiel prometido al otro, y en él a Dios.

Por otra parte, el que un cónyuge rompa su compromiso y se vaya, se separe o se divorcie -o viva como separado bajo un mismo techo- no es algo privado, de ellos solos. Se ha negado y roto en ellos el signo del amor del Señor a su Iglesia. Cristo ha fracasado en este intento de acercarse amorosamente a los hombres; le han fallado unas manos para acariciar y bendecir; se le han cegado unos ojos para mirar a cada humano con amor y ternura salvadora.

Sin embargo, más fuerte que el hombre es el poder y la gracia de Dios, su amor y gratitud, manifestados en la muerte y resurrección del Señor. ¿Quién con mayor interés que Él, en que la imagen y sacramento de su amor caminen hacia la plenitud, haciendo presente, perceptible y eficaz este amor, en la Iglesia y en la sociedad? ¿Por qué no acudir a él cuando amenaza una ruptura del amor, por ésta u otras razones?



Por medio de las necesidades más profundas de la persona, Él impulsa al hombre y a la mujer al mutuo encuentro, a la comunicación, a una relación cada vez más íntima y responsable, más personal y gratuita, a ir realizando la radical necesidad personal de amar y ser amado, de ser sí mismo y de vivir en creciente transparencia con el otro.

Ser fiel es un don del Señor; Él se lo regala al esposo o esposa cristianos en sus decisiones de amar de cada día, en los detalles de apertura y de acogida con que cuidan y alimentan el amor al cónyuge. Así se fortalece la fidelidad.

4.2. Algunas fuentes y recursos de la espiritualidad doméstica

La espiritualidad conyugal se alimenta de las fuentes comunes de toda vida cristiana; pero debe cuidar especialmente las formas propias de la vida conyugal y familiar, sin caer en la fácil tentación de copiar las peculiares de otras formas de vida eclesial, sacerdotales, monásticas o de comunidades de vida consagrada. ¿Cuántas desilusiones de algunos padres de hoy por los hijos que han abandonado las prácticas religiosas, no tendrán aquí, su explicación, por lo menos parcial?

Especifiquemos:

La Palabra de Dios, proclamada en el ámbito familiar, escuchada atenta y reflexivamente, compartida y celebrada, es un factor en la construcción de la iglesia doméstica. Los «momentos de la Palabra» llevan a la familia a una actitud común de agradecimiento, de oración, de espera confiada, que se expresan y se viven en todos los ámbitos de la vida eclesial y social.

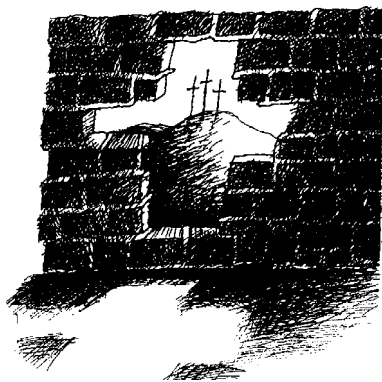
La Eucaristía, edifica la Iglesia y construye la iglesia doméstica. Momento estelar, central y creador de la vida según el Espíritu es la Eucaristía dominical. El compartir la Palabra y el Cuerpo del Señor hace posible vivir en comunión de vida conyugal y compartirla con los demás.

La oración en común de los esposos y de toda la familia, como experiencia de Dios, expresada también con palabras. La oración litúrgica, la liturgia de las horas a la que, muchos esposos van teniendo acceso, ha de ser fuente inagotable de experiencia del Espíritu en el iglesia doméstica²¹.

La comunidad: la espiritualidad familiar tiene origen, sin duda, en la experiencia de los propios miembros de las familias en su diversidad. Pero la comunidad es la instancia privilegiada para recoger, sistematizar, criticar y replantear esta experiencia espiritual. La comunidad presta el servicio de alimentar el sentido espiritual de la vida familiar, de seleccionar sus expresiones más valiosas, de proponer actitudes y hasta comportamientos ascéticos.

El grupo matrimonial: el cristianismo de nuestro tiempo, más que el de cualquier otro, es especialmente sensible a lo comunitario. «El hombre es, por naturaleza, un ser social y no puede vivir ni desplegar sus cualidades sin relacionarse con los demás»²². Los grupos matrimoniales constituyen una riquísima experiencia para los esposos, porque son lugar de encuentro, de ayuda mutua, de reflexión compartida, de maduración humana y religiosa; son pequeña comunidad eclesial, experiencia de comunión; son, en definitiva, fuente singular de espiritualidad conyugal.

A nivel de los **movimientos familiares**, la espiritualidad de la vida familiar adquiere hoy nuevos contornos. Hay que considerar el carácter del propio «movimiento»: qué amplitud social tiene y qué clases sociales abarca; qué aspectos de la vida familiar resalta; qué líneas espirituales subraya. De hecho, muchos movimientos familiares son con frecuencia «transregionales», reúnen a clases sociales diversas y tienen sus puntos propios de sensibilidad garantizados por sus estatutos. Generalmente valoran mucho la armonía conyugal y las relaciones educacionales con los hijos. Hay otros movimientos de familias que luchan por la supervivencia y por las necesidades básicas, en comunidades populares de base, escuelas de padres de los barrios, etc. En esos casos el eje de la espiritualidad se desplaza naturalmente hacia la valoración de la solidaridad y de la ayuda mutua, pero son también «movimientos familiares» de consistencia eclesial.



En una dimensión valorativa, todavía genérica, parece importante reconocer, por un lado, el servicio que han prestado todos los movimientos a la formación y la alimentación de una espiritualidad familiar. Tienen una fuerza de convocación; constituyen un espacio de participación y de comunicación de las propias familias en su experiencia espiritual; mantienen la proximidad con algunos problemas concretos que afectan a las familias. Pero, por otro lado, pueden encerrar también algunas ambigüedades. Entre ellas, sus relaciones.

²¹ FC 59.

²² GS12.

4.3. Perspectivas y tareas para el futuro

La espiritualidad de la vida familiar percibe una pregunta inquietante en los cambios que nos conducen a gran velocidad hacia el futuro. ¿Qué motivaciones espirituales podemos tener para la vida familiar cuando ésta se va transformando en lo más íntimo de sí misma?.. ¿Cuando sus estructuras, sus bases y sus valores están siendo conmocionados por diversos dinamismos que llegan desde la postmodernidad?

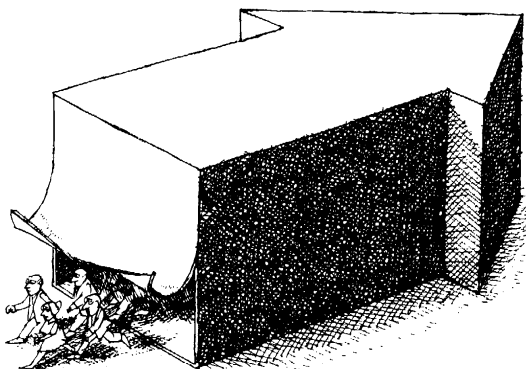
Es preciso reconocer que las comunidades cristianas están también sujetas al ethos cultural vigente y expuestas al bombardeo de las comunicaciones y propuestas de la sociedad. Es comprensible que se den algunas ambigüedades en la espiritualidad que se plantea en este nivel. Estas ambigüedades son un reto que exige discernimiento y superación. Sin embargo, este espacio es muy rico en otros valores dignos de atención. Más volcada en la vida tal como se presenta, la espiritualidad, en este nivel, se enfrenta más rápidamente con las dificultades, los conflictos y los propios fracasos familiares. Menos vinculada a una «teoría espiritual», se muestra más ágil para reinventar la espiritualidad cristiana donde las fórmulas ideales que defienden los movimientos familiares y la misma Iglesia jerárquica tienen dificultades en llegar.

Lo dicho supone reinventar la espiritualidad de la vida familiar, por ejemplo, en la experiencia de las «madres solteras», en las separaciones familiares con o sin nuevo matrimonio; supone también reelaborar una nueva ecuación entre la sexualidad y la fecundidad en los tiempos actuales. Una espiritualidad que asuma con más realismo los conflictos y los fracasos. Ante estas experiencias como hechos concretos, encontramos con mayor facilidad la acogida, la comprensión y el estímulo para llevar adelante la vida con una inspiración cristiana. No hay que menospreciar, por ello, los criterios oficiales propuestos por la Iglesia magisterial. Sólo se trata de percibir el «sentir de los fieles» elaborando una espiritualidad para su experiencia real y posible acogiendo la presencia y la acción en ellos del Espíritu.

En este nivel, la espiritualidad se arraiga perceptiblemente en la cultura local, como resistencia y lucha por la vida. Sería una tarea imposible caracterizar, aquí, la diversidad y al mismo tiempo la riqueza que germinan en todas partes. Más importante es que el lector se pregunte: ¿qué valores y referencias espirituales concretas están guiando de hecho a las personas en su experiencia familiar cotidiana? ¿Qué tareas se consideran más importantes y cuáles son las motivaciones cristianas que las sustentan? Pensando en las familias dentro de esta proyección de un futuro que estamos ya tocando en gran parte con las manos, podemos subrayar algunas tareas fundamentales:

A. Encarnar el discurso

Hay que reconocer el valor necesario y precioso del discurso del magisterio sobre la familia, marcado por la preocupación de ofrecer los grandes referenciales cristianos de una espiritualidad familiar, con propuestas ideales y criterios comunes capaces de regular la vida familiar cristiana, que buscan la universalidad de las propuestas, acogen la tradición e intentan una formulación doctrinal completa²³.



La dificultad más significativa en este nivel reside quizás en el hecho de que el discurso jerárquico está marcado por unas exigencias que suelen aparecer como «ideales». El Papa Juan Pablo II reconoce las dificultades que ese «idealismo» plantea a «muchísimas personas que no pueden referirse de ningún modo a lo que podría definirse en sentido propio una familia»²⁴. En otras palabras,

²³ Conviene repasar los grandes documentos pontificios: León XIII, *Arcanum illud* (1880); *Casti connubii* (1930); Pablo VI, *Humanae vitae* (1967); Juan Pablo II, *Familiaris consortio* (1981) y *Carta a las familias* (1994), Cf. además la *Gaudium et Spes*.

²⁴ FC 85

reconoce que no siempre tenemos, concretamente para los más pobres o más alejados, una palabra espiritual de ánimo y de dignificación de personas como hijos e hijas de Dios.

Esta cuestión es compleja, ya que la institución necesita un modelo institucional que simbolice y exprese el ideal de su propuesta. Pero lo que es funcional en términos de institución puede no ser práctico en términos de espiritualidad. Porque el modelo ideal entra como medida de lo real. Y éste, a su vez, lleva consigo la precariedad y el fracaso. Es cierto que, ante las dificultades y los fracasos matrimoniales, se hacen esfuerzos por ofrecer «medios de salvación»²⁵; pero algunos se preguntan hasta qué punto conseguimos dar más espacio a la misericordia, sin confundir tanto el criterio del amor con el de la perfección²⁶.

No se trata de cuestiones que puedan resolverse fácilmente. Pero mientras tanto la comunidad corre el riesgo de perder los signos del Espíritu en el revés de la historia, y de no reconocer y apoyar esos profundos rasgos de gratuidad que ofrecen, por ejemplo, las madres solteras, que llevan con heroísmo una vida de entrega a sus hijos. O los de matrimonios y familias que vuelven a tomar las riendas de la fidelidad fuera de los moldes oficiales. Como comunidad, no podemos tener la presunción de comprender todas las situaciones ni de sistematizar todas las experiencias de fe en sus diferentes contextos. No podemos repetir la experiencia de la Sinagoga en tiempos de Jesús, que, en su afán de proteger la fe judía, acabó por discriminar a quienes no se ajustaban a sus parámetros de perfección.

B. Redescubrir el amor como gratuidad

Si la espiritualidad de la iglesia doméstica se sitúa a nivel de las motivaciones cristianas no se puede olvidar que hay otras «espiritualidades» que se ofrecen constantemente para inspirar nuevas formas de vida familiar. Hoy es conocida la tendencia a afirmar la subjetividad en una línea individualista. Las conveniencias individuales juegan un papel importante a la hora de definir los comportamientos y las actitudes. Además, la misma organización social, potenciada por nuevas formas de producción, alivia en gran parte la carga que tenemos unos con otros. En cierto modo «mediatizamos» con facilidad los cuidados que antes se asumían personalmente en las relaciones interpersonales. Es evidente la repercusión que esto tiene en la vida familiar. El mismo término «amor» sufre un secuestro para significar solamente el acto sexual. Hay una «mediatización» para cuidar de los familiares enfermos, de los padres ancianos, de los hijos pequeños. Hemos llegado al extremo de ver «mediatizado» el mismo útero para la gestación.

No se trata, con estas observaciones, de radicalizar una crítica a las políticas sociales establecidas, ni de oponerles unos indicadores que hablan de unos grandes cambios en curso, que afectan a nuestra misma forma de amar. El hecho es que, en una sociedad que agudiza la competitividad como base de las relaciones y al mismo tiempo vende los recursos para evitar compromisos y trabajos, necesitamos redescubrir las formas y los espacios de amar con gratuidad. Y la familia es uno de ellos.

C. Reinventar la fecundidad

La fecundidad, como reproducción humana, se ha convertido en terreno de muchas prohibiciones éticas con repercusión en la espiritualidad de la vida familiar. La ciencia ha creado medios para separar por completo la fecundidad biológica del amor sexual. Ha concedido una autonomía práctica al amor respecto a la fecundidad. Al mismo tiempo, crece cada día el «costo social» del tener hijos. Y la alarma demográfica proclama que la disminución del número de hijos empieza a ser una responsabilidad urgente.

Sin entrar en las discusiones y ambigüedades éticas presentes en este tema, parece importante estudiar un poco más, desde el ángulo de la espiritualidad, el desafío ante el que se colocan las

²⁵ Ibid, 84; Cf. también Pablo IV, *Humanae vitae*, 25.

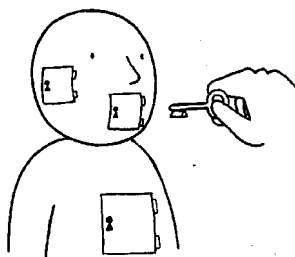
²⁶ «La cultura occidental ha tomado el amor como referencia fundamental Pero el amor no ama más que el bien. No se ama el mal. El amor implica una exigencia que es, a la vez, su grandeza y su límite quiere que el otro sea perfecto para amarlo sin reserva»: J M Huguenin, «L'Eglise de la misericorde», *Teresianum* 44 (1993)281. Cf también *Selecciones de Teología* 33 (1994) 131-176.

familias cristianas. Por un lado, se enfrentan con una mentalidad anti- conceptiva y abortista muy fuerte en la sociedad. Y al mismo tiempo se sitúan ante la necesidad de conjugar cierto control de la natalidad con la intensificación necesaria de los lazos de amor. Las preocupaciones de la Iglesia se han centrado bastante en la cuestión de los métodos con que puede hacerse esto. Quizás ayudase en la solución del problema desarrollar más el concepto de lo que el concilio Vaticano II designó como «fecundidad en sentido amplio»²⁷.

D. Radicalizar la solidaridad

La espiritualidad de la vida familiar tendrá que enfrentarse cada vez más con la interpelación de la solidaridad social. El sistema político-económico de nuestra sociedad nos permite hablar abiertamente, con enorme vergüenza, de «excluidos». Se van palpando cada vez más claramente las diferencias entre las familias y sus hijos. Los incluidos y los excluidos. Los que tienen oportunidad en la sociedad y los que no tienen nada que hacer en ella... ¿Cómo podría la espiritualidad conyugal cristiana dejar de reaccionar ante estos datos que la misma sociedad se encarga de explicitar?... Las tareas que de aquí se derivan son arduas y todavía están por definir. Ya que la solidaridad con las familias excluidas, para llegar a la raíz de los problemas, exigiría corregir el sistema o crear alternativas al mismo. Se trata de tareas enormes que nos dejarían acoirazados si todo dependiera de nosotros. Afortunadamente, liberar la gratuidad aplastada en el corazón o refrenada por la mentalidad individualista es una obra del Espíritu Santo dentro de nosotros.

E. Conclusión



Ciertamente, la familia aparece hoy como un nudo casi insoluble de problemas. Algunos surgen de su propio interior, de la enorme dificultad de armonizar en su seno los cruzados valores de la libertad y la colaboración, la identidad de metas y la diversidad de los miembros. Otros le llegan del exterior, bien bajo forma de campañas ideológicas que pretenden minar sus mismos fundamentos, bien desde la intromisión en su vocación y su tarea de otras instituciones que tratan de robarle cada día nuevos espacios de autonomía y de responsabilidad.

Ante tantos y tan complicados desafíos, que llegan a tocar el último sagrario familiar que es el del nacimiento de la vida, no podemos presentarnos con la autosuficiencia de quien se sabe todas las respuestas, sino con la humildad confiada de un hijo de Dios que sigue buscando aún en medio de la incertidumbre. Y aunque no podemos ofrecer respuestas casuísticas a cada uno de los problemas, internos o externos, que abruma a la familia, sí podemos brindar un paradigma global de experiencia de la familia «en Cristo», que a la larga centrará esos diversos problemas bajo la luz del Espíritu y en la dinámica de una responsabilidad de tono pascual. Ese paradigma existe y es el de la Iglesia doméstica. Lo dijo con voz esperanzadora Puebla: «es cierto que hay familias, verdaderas iglesias domésticas, en cuyo seno se vive la fe, se educa a los hijos en la fe y se da buen ejemplo de amor, de mutuo entendimiento y de irradiación de ese amor al prójimo»²⁸.

La invitación hoy es a que la familia -igual que una miniatura reproduce exactamente, pero en escala menor, los rasgos del original- reproduzca a la Iglesia, en su identidad, su misión y su espiritualidad. Que se constituya en lugar de la presencia de Cristo, espacio de oración, lugar de la predicación y transmisión de la fe, eslabón en la continuidad de la triple función de Cristo, profética, sacerdotal y real. Que en los «cuatro rostros del amor humano»²⁹ que la familia ofrece, se refleje y reconozca el rostro de la Iglesia, y que la familia encuentre en su «madre Iglesia» el modelo de su realización. Y que cada familia cristiana se convierta en una de esas pequeñas comunidades, tan necesarias hoy cuando queremos llevar adelante proyectos ambiciosos de nueva evangelización.

²⁷ (106)

²⁸ Puebla 94

²⁹ Puebla 583

Allí puede hacerse más viva y operante la múltiple misión de la Iglesia: **la escucha del Evangelio y la disposición para la misión, la oración común y la preparación para la comprensión y actuación de los signos sacramentales, la construcción generosa de los lazos que mantienen unida a la comunidad y la atención a los más pobres y marginados.**

Desde esa perspectiva, la familia está llamada a alcanzar un nuevo protagonismo y a desencadenar una dinámica misionera en el seno de la comunidad de comunidades. La familia no es una estructura secundaria en los planes divinos, sino original, fundamental, pero también terminal. Por eso cabe parafrasear las palabras de Juan Pablo II: «¡Familia, sé lo que eres!», invirtiéndolas: «¡Iglesia, sé lo que es la familia!». Tal vez sea tiempo ya de que la Iglesia no se limite a llevar una palabra a la familia, sino que se deje evangelizar por la familia. Todavía faltan muchos pasos concretos, en la Iglesia universal y en las iglesias locales para que se llegue a admitir como verdadera fuente *teológica* la experiencia humana y cristiana de esa otra iglesia que llamamos familia³⁰. Pero ya se están dando.

Por eso, cabe retomar aquí, para concluir nuestra reflexión, la voz inspirada de Puebla: «Esta Iglesia doméstica, convertida por la fuerza liberadora del Evangelio en “escuela del más rico humanismo”³¹, sabiéndose peregrina con Cristo y comprometida con El al servicio de la Iglesia particular, se lanza hacia el futuro, dispuesta a superar las falacias del racionalismo y de la sabiduría mundana que desorientan al hombre moderno. Viendo y actuando sobre la realidad, como Dios la ve y la gobierna, busca mayor fidelidad al Señor para no adorar ídolos sino al Dios vivo del amor»³².



V. Actividades sugeridas para trabajar el tema.

Para reflexionar en grupo a partir de las siguientes ideas

- Leer el texto e irlo comentando.
- Invitar a alguna pareja, miembro de algún movimiento familiar cristiano, para intercambiar experiencias, sugerencias, proyectos, sobre formas concretas de vivir la espiritualidad en el hogar y desde el hogar.
- Organizar un retiro espiritual breve o una convivencia sobre evangelio y vida matrimonial.
- Con asesoría de algún pastoralista, elaborar, conjuntamente, algún plan de acción para acentuar la dimensión cristiana en la pareja.
- Encontrarse con el párroco de la localidad para acordar modos de colaboración espiritual y pastoral.

VI. Conclusiones y recomendaciones

³⁰ Así se expresaba el card B. Hume en el Sínodo de 1980 Puede verse su intervención en F. J. ELIZARI (ed). o.c., 145-147

³¹ GS 52.

³² Puebla 589

VII. Fuentes y referencias

- AYERRA, M. (2003): *La familia, lugar de transmisión de la fe*. España: Sal Terrae.
- BOROBIO, D. (1988): *La celebración en la Iglesia. Sacramentos*, Salamanca: Sígueme. 558 ss.
- (1993): *Sacramentos y familia. Para una antropología y pastoral familiar de los sacramentos*, Madrid: Ediciones Paulinas.
- CAMPANINI, G. (1983): «*Familia*», en S. de Fiores- T. Goffi, *Nuevo diccionario de espiritualidad*; Madrid: San Pablo, 546.
- CELAM, (1978): *Documento de Puebla*.
- (1992): *Documento de Santo Domingo*.
- CONCILIO VATICANO II, Lumen Gentium, Apostolicam Actuositatem, Gaudium et Spes
- CONGREGACIÓN PARA LA DOCTRINA DE LA FE (1988): *Donum vitae. Instrucción sobre el respeto de la vida humana naciente y la dignidad de la procreación. Respuesta a algunas cuestiones de actualidad*. AAS X , 70-102.
- ELIZARI, F. (ea.) (1981): *El Sínodo de la Familia. Un mensaje de esperanza*, Madrid, 133-144.
- FILGUEIRAS, E. (1988): *La Instrucción Donum Vitae: Fundamentación, claves de lectura y perspectivas*. En *Compostelanum*, 33, 225-246.
- FAHEY, M. (1995): *La familia cristiana como pequeña iglesia en el Vaticano II*, En *Concilium* 260, 121-130.
- FLECHA, J. (1983): *La familia lugar de evangelización*, Madrid, 13-40.
- FOLGADO, S. (1980): *Eclesiológia y sacramentalidad del matrimonio*. En *La Ciudad de Dios* 2, 223.:258.
- GÓMEZ, P. (2003): *La familia, escuela de liberación, justicia y solidaridad*. España: Sal Terrae.
- GRASSO, G. (1983): *La Familiaris Consortio» y la teología del sacramento del matrimonio*. En *Angelicum* 60, 97-108.
- GUITARTE, V. (1982): *Amor y Matrimonio en la exhortación Familiaris Consortio, de Juan Pablo II*. En *Revista Española de Derecho Canónico* 38.
- JUAN PABLO II: *Catechesi Tradendae, Familiaris Consortio, Christifideles Laici; Carta a las Familias*;
- LAHIDALDA, J. (1988): *De la Humanae Vitae a la Familiaris consortio, pasando por el Sínodo episcopal 1980*. En *Lumen*, 37, 394-418.
- (1978): *De la realidad «significada» a la realidad «significante» en el matrimonio sacramentalizado: reflexión teológica*», En *Lumen* 27, 26-45.
- (1994): *El modelo cristiano de familia también hoy: familia "conyugal"*, En *Surge* 564-566, 401-422.
- (1982): *Pastoral y situaciones irregulares en el matrimonio: la «Familiaris Consortio» de Juan Pablo II*», En *Surge* 40, 25-45.
- (1975): *La existencia del matrimonio sacramentalizado: un dato irrenunciable de la teología católico*, En *Lumen* 25, 418-440.
- LOSADA, J. (1986): *La familia cristiana, Iglesia doméstica*, En *Teología y catequesis* 20, 511-521.
- PONTIFICIO CONSEJO PARA LA FAMILIA (1992): *De la desesperación a la esperanza*.
- RIVAS, R. (1996): *Pequeña Iglesia*. Caracas: Conferencia Episcopal Venezolana.

- RUIZ, M. (1978): *La familia como Iglesia doméstica*, En *Studium* 18, 321-332.
- SANTA SEDE (1983): *Carta sobre los derechos de la familia, Ritual del sacramento del matrimonio.*, *Catecismo de la Iglesia católica*;
- SCHILLEBEECKX, E. (1968): *El matrimonio: realidad terrena y misterio de salvación*, Salamanca: Ed. Sígueme.
- VALSECHI, A. (1972): *El matrimonio*, Madrid.
- VENETZ, J. (1996): *Experimentar a Dios en pareja*, Publicaciones claretianas.
- VIDAL, F. (2003): *El devenir de la familia: una comunidad contracultural, reflexiva y plural*. España: Sal Térrea.



Ramón Rivas Torres, *cjm*
Caracas, Mayo 2003